

DE CUANDO BAÑARSE ERA UNA CIENCIA.

Por Eladio Secades.

D.M. oct 29/50.

SI la nuestra ha sido casi siempre una ciudad sin agua, la tragedia resulta mucho mayor porque el baño es una de las instituciones más veneradas por el criollo. Bañarse es una necesidad tan unida a los pueblos modernos, que hay personas que han pasado de su uso normal a un abuso con caracteres de manía. Es una función inexcusable. El que dijo por primera vez la frase de "no me he bañado y creo que me falta hago", ponía en circulación un lamento adoptado por millones de seres que encuentran en el baño una fuente reparadora de energías y muy capaz de despejar la mente para la elocuencia y de predisponer el ánimo para la gratitud...

Los filósofos de la antigüedad que no se bañaban, lo hubieran sido más si hubiesen vivido en este siglo en que la ducha es un símbolo. Le he oído decir a no pocas personas para describir un estado de euforia:

—Me siento feliz como si me hubiera bañado.

De modo que si el baño no es invención de las generaciones nuevas, por lo menos es orgullo de ellas.

No recuerdo qué humorista hablaba de los tipos que no pueden dormir sin antes bañarse. Y de los que no podrían trabajar a gusto si no toman un baño al levantarse. En las playas se llega al colmo del baño después del baño. Que bien analizado, no es otra cosa el golpe de ducha al salir del mar.

Precisamente en estos días he recibido de manos de un paciente coleccionista de cosas viejas, un curioso folleto editado en una importantísima capital de Europa, el día quince de octubre de 1793... Se trata de un estudio "científico" y minucioso titulado "aseo económico y doméstico y una nueva descripción de un baño de limpieza"... Ello viene a demostrar que hubo épocas en que la humanidad se bañaba por librito. Si la lectura de tales consejos hace más de ciento cincuenta años invitaba a la solemnidad y a la reflexión, hoy provoca risas. A finales del 1700, llamado por los historiadores el siglo

de los chisperos, para bañarse las gentes se preparaban mucho más que ahora para someterse a una intervención quirúrgica... No exagero. Tenía más importancia y ocasionaba mayor ceremonial previo un baño entonces, que una apendicitis en la actualidad. Y paso a demostrarlo con la reproducción del texto que estaba precedido de los siguientes subtítulos:

"Preparación del baño;

Idem de la habitación;

Idem del sujeto para bañarse;

Persona que debe auxiliarle;

Modo de tomar el baño;

Procedimiento para limpiar la suciedad;

Recetas y últimas advertencias"...

Y entrando de lleno en materia, añade: "El sirviente que hace oficio de bañero, principia por templar el agua del receptáculo o latón. La estufa natural, esto es, la alcoba, dormitorio o gabinete en que se bañe la persona, se procurará conservar en los veintiséis grados, con termómetros exactos colgados de sus paredes".

Y prosigue: "Templados así el gabinete y el agua, se desnuda la persona del todo, porque el fin es lavarse bien. El bañista sólo debe conservar una prenda: un gorro en la cabeza. Si es hombre el que se baña, para lavarse debe estar solo, con un criado de su absoluta confianza y que le sirva sin más personas ni testigos. Si es mujer, tampoco debe asistirle más que una sola criada de satisfacción.

"El bañista ha de colocarse en el baño, sentado sobre un banquillo o grada, que debe ser de madera. Valiéndose de la masa de jabón, se va restregando las partes del cuerpo que estuviesen más sucias, poniéndose un guante el sirviente para realizar esta operación. En esto se dejará que obre su efecto la manteca del jabón, por tiempo de siete minutos que con el reloj es cosa bien fácil. Después se limpiará el jabón. Se pondrá un mitón el bañero y con salvado muy menudito, bien desleído en agua, le frotará todo el cuerpo al amo. Luego más agua que arrastre el salva-

2

do al agua. Hecho esto y con el propio mitón, se tomará un poco de polvo de almendra y vuelta a frotar. Enseguida de las descriptas frotaciones, se lavará la carne con agua y para terminar, por lo menos la cara y las manos del bañista, con jabón Nápoles, que tiene un perfume agradable”...

Como se deduce de ese singular folleto editado en 1793, bañarse era asunto de pensarlo bien y punto menos que de despedirse de los familiares antes de pasar al gabinete



preparado al efecto. El libro con las instrucciones, los termómetros colgados en las paredes, el criado

de absoluta confianza, el gorro para la cabeza, ¡los siete minutos enjabonado! todo ese ceremonial necesario para el aseo, hoy nos parecen obra de un humorista, pero entonces no eran ni más ni menos que dictados rigurosos de la ciencia de bañarse... El caballero salía del baño con los bigotes todavía húmedos y un legítimo aire de heroísmo reflejado en su rostro. Como el que vuelve de un duelo a muerte.

Después de todo, no es tan sorprendente que las gentes se bañaran así en las postrimerías del siglo que se alude. Una preparación, si no tan espectacular no menos solemne, se advertía no hace mucho tiempo en los hogares cuando la mujer se decidía a lavarse la

cabeza. El lavado de la cabeza de la mujer se anunciaba como un acontecimiento que afectaba a toda la familia y a toda la barriada. De repente la señora decía:

—Tengo que lavarme la cabeza y lo he ido dejando de un día para otro.

El asunto era comentado la víspera:

—De mañana no pasa...

La fecha de lavarse la cabeza alteraba el ritmo casero, porque ya se sabía que la dama dispuesta a ello tendría que abandonarlo todo. El amor al esposo, el cuidado de los hijos y las relaciones sociales. De los recuerdos conservados de la infancia, pocos como el de la agitación en el hogar cuando la hermana iba a lavarse la cabeza... Se ponía de mal humor antes. Y no quería que nadie la viese luego... Con los cabellos chorreados y una expresión de fatiga por el esfuerzo rendido... Si es muy difícil que al despertar una mujer luzca bella, toda sensación de belleza femenina era imposible en los días todavía cercanos en que lavarse la cabeza no era rutina de higiene, sino rito enojoso y ancestral y la señorita regresaba de la batea con angustia de convaleciente. Por fortuna los tiempos han cambiado y ya los poetas pueden tener inspiración sin tener barbas y las muchachas comprenden que pueden lavarse la cabeza sin reclamar el auxilio de la vecina de al lado.

Oct 29/50